



Conferencia de Superiores y Superiores Mayores de Religiosos y Religiosas de Chile - CONFERRE

Santiago de Chile, Diciembre 2017.

Muy querido Papa Francisco:

Desde Chile le enviamos un abrazo cariñoso, en este tiempo previo a su visita, con la certeza de que su paso será un momento de gracia en nuestras vidas y en la vida de nuestra Iglesia chilena.

Como una manera de preparar el corazón para su venida, religiosos y religiosas de la CONFERRE quisimos escribirle y compartir con Usted, algo de nuestras vidas como peregrinos en esta hermosa tierra y misioneros en esta porción de la Iglesia. Para ello, nos hemos inspirado en el texto inicial de *Gaudium et Spes*: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. (GS 1)

LAS ALEGRÍAS Y ESPERANZAS

Queremos comenzar compartiendo las muchas razones que tenemos para experimentar gozo y alegría:

En primer lugar, damos gracias por la fidelidad de Dios y su presencia en nuestra vida, que nos sostiene con brazos de misericordia.

Vivimos desde la certeza de que Dios nos ama más allá de nuestros errores, nos acompaña cada día; estamos seguros que le interesamos y siempre sacará bien de los males de nuestro mundo. Esta fidelidad, que encontramos en lo cotidiano, la descubrimos presente en la oración comunitaria y personal, en la vida sacramental; a través de las personas con quienes compartimos la misión y a todos los que dedicamos nuestro mejor tiempo para servir y anunciar el amor que Dios nos tiene. Nos alegramos porque Dios se nos revela como un Padre bueno, verdadero y fiel, haciendo maravillas en la vida concreta de la comunidad: en los niños, jóvenes y adultos mayores que, con su rostro de ternura, nos acercan a su presencia y misericordia. Reconocemos que el anuncio y la experiencia de la misericordia abre las puertas y nos aproxima de un modo nuevo a los que se sentían lejos, indignos, y a aquellos que la propia Iglesia había dejado fuera.

Sentimos profundo gozo al contemplar cómo el Espíritu va actuando en el mundo a través de las personas y a pesar de nuestras debilidades. “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos...” (1Jn 1,1), eso es lo que queremos testimoniar: que Dios nos ama infinitamente y con un amor incondicional; ese amor nos sostiene en las dificultades y nos acerca a Jesús, fuente de la más profunda alegría.

Nuestro gozo crece con su testimonio como pastor de la Iglesia. En efecto, su palabra ha sido motivo de reflexión y acogida por parte de muchos, no solo religiosos ni cristianos comprometidos. Usted ha despertado, también, el interés de personas de buena voluntad, que buscan el bien y que encuentran en la misericordia, en el cuidado de la casa común y en la valentía del anuncio, caminos nuevos de vida.

Nos alegramos de su valentía, sencillez y fortaleza; de querer visitarnos aun cuando sabemos, llegará a un país donde no todos lo esperan. Esa fuerza que viene del Espíritu Santo, y que habita en su corazón de Padre, es un don para todos nosotros. Sentimos esperanza de tener un Pastor que nos da una nueva luz y una nueva visión sobre la Iglesia en el mundo de hoy. Es para nosotros un nuevo despertar y una nueva aurora hecha de misericordia, ternura y esperanza para la historia cristiana de nuestros días.

Gozamos de haber recibido el regalo de un Papa latinoamericano, que conoce y entiende nuestra realidad y los dolores y esperanzas de nuestro pueblo. Un Pastor tan sencillo y tan humano, que busca a Dios con el corazón y sin miedo; con altura apostólica, fe inquebrantable, dedicación a la Iglesia, a Jesucristo y a su rebaño.

¡Nos llenamos de gozo de su testimonio, su palabra y sus gestos, sus ganas de traer un soplo renovador a los creyentes y la humanidad toda!

Nos da profunda alegría escucharle hablar con el corazón; de la fuerza que contiene en sus palabras y gestos la experiencia de la misericordia, verdadero rostro de Dios; nos alegramos de tenerlo como defensor de la madre tierra y de su preocupación por el cuidado de la casa común.

Gozamos con su nuevo mensaje y la propuesta de una vida centrada en lo esencial, que se confirma no sólo con las palabras, sino sobre todo con hechos, invitándonos a ser una Iglesia más humilde, más cercana, más servidora y centrada en la persona de Cristo Jesús.

Como religiosos y religiosas, es una inmensa alegría recibir sus exhortaciones, que nos ayudan a vivir nuestra consagración más encarnada en la realidad, para despertar el mundo con esa alegría que brota del encuentro transformador de nuestra vida con el Señor Jesús.

Nos alegra el significado de su visita pastoral a nuestro país, un paso del Señor entre nosotros; una oportunidad para renovar la fraternidad; para intensificar nuestras búsquedas de la voluntad de Dios; para escuchar su mensaje dirigido a todos, y en particular, también para nosotros los religiosos de todas las generaciones.

Su visita nos trae paz, un nuevo deseo de compartir y dar testimonio de fe; una renovación para nuestra Iglesia y su compromiso con los más pobres, con los jóvenes, con quienes están más cerca del corazón de Dios. Estamos ciertos que su paso en medio nuestro, será una bendición y una gran oportunidad de fortalecernos como Iglesia que se convierte en una gran mesa para todos.

Sentimos alegría de recorrer esta parte del camino junto a Usted, para continuar llegando a las periferias como vida consagrada gozosa y presente, allí donde el dolor y el desaliento nos permiten contemplar y tocar al Cristo sufriente, al Cristo que nos llama a trabajar juntos como misioneros de alegría y esperanza.

Sentimos inmenso gozo de haber sido llamados a la vida consagrada: Algunos de los testimonios recogidos con ocasión de esta carta dicen: “El mayor gozo de mi vida consagrada es haber recibido la llamada de Dios y en estos años como religiosa, haber tocado, visto y oído la gracia que Él me ofrece cada día, para crecer como mujer en todos los ámbitos de mi vida. Soy feliz de haber recibido la semilla de la vocación y de poder dedicar mi tiempo y energías para ponerlas al servicio de los jóvenes. Gozo con la educación y con la posibilidad de despertar personas para ir al encuentro de quien le da sentido pleno a la existencia...”; “Mi alegría de ser consagrada, de pertenecer a una familia religiosa, de sentirme amada por Dios. El mayor gozo es tener la certeza de que Dios va conmigo siempre y donde quiera que esté, lo que me motiva a hablar de Él a quienes encuentro, a quienes sirvo...”

Nos conmueve el testimonio de fidelidad de tantos hermanos y tantas hermanas, que han donado su vida generosamente para seguir a Jesús y servirle con total disponibilidad; ellos nos animan y nos llenan de alegría.

Es una gran alegría vivir la consagración religiosa insertos en sectores marginados; entre tantas expresiones de pobreza y falta de sentido de la vida. ¡Es tanto el bien que podemos hacer! La experiencia de dejarse guiar por Dios, enciende una luz en el corazón y nos acerca a los demás. Es el gozo de una vida religiosa comprometida con los dolores de la gente, a pesar de que cada día somos más ancianos persiste el deseo de entregar la vida por el evangelio. Queremos estar con la gente de un modo diferente: desde el silencio, en una presencia discreta, acompañando lo cotidiano de la vida. Las grandes luchas épicas son ahora las pequeñas luchas -y derrotas- compartidas de cada día.

Es también un motivo de gozo continuar acompañando vocaciones en nuestras familias religiosas; fortalecer la fraternidad entre congregaciones y el trabajo conjunto. Seguimos pidiendo al dueño de la mies, que envíe obreros que deseen gastar su vida en esta viña, en la vida activa y contemplativa de seguimiento de Cristo.

Sentimos alegría por la vida en comunidad, con sus desafíos y limitaciones, pero también con todo lo que juntos podemos realizar en nombre del Señor; una vida fraterna que nos hace crecer en humanidad y que se renueva cada día en la Eucaristía, para hacer el bien y acompañar de tantas maneras anónimas a los más olvidados.

Nos alegramos de ser parte de una vida consagrada misionera e interpeladora ante los nuevos tiempos; la credibilidad y el profetismo de las consagradas en Chile sigue siendo un signo importante que aporta a la vitalidad de la Iglesia.

Sentimos como un don que nos abre a la esperanza, compartir la misión con los laicos, y aprender juntos a proclamar a Jesucristo con nuestro trabajo y con el anuncio explícito del *kerygma* en las distintas obras que llevamos adelante.

Es grande en nosotros la alegría de pertenecer a Jesucristo; la alegría de compartir y nutrir la fe y la consagración en la comunidad de los hermanos y hermanas con los que compartimos el amor a Jesús en los lugares donde se vive la fe: la familia, la parroquia, la escuela; siempre con los laicos, especialmente, mujeres santas y esforzadas, porque la mayoría de las comunidades cristianas son de mujeres. Nos alegra el aporte que realiza la Vida Consagrada en la sociedad y en la Iglesia, aunque muchas veces es en el anonimato.

Vivimos el gozo y la gratitud por haber sido elegidas y elegidos por Dios para entregarnos por entero a Él, en el servicio, la evangelización, la vida compartida con nuestros hermanos más pobres y abandonados: los jóvenes sin sueños de futuro, los ancianos abandonados, los migrantes, las mujeres que sufren la violencia, los que sobreviven con salarios miserables, las personas privadas de libertad. Con ellos descubrimos que el estar con los pobres es lo que más nos acerca a Cristo.

Sentimos gozo en la lucha que nos desafía cada día, a vivir significativamente nuestra vocación; ilusionados, respondiendo con fidelidad a la entrega del mensaje de Cristo; felices de hacer vida el carisma y misión de nuestros fundadores; felices de ser memoria agradecida por el camino de la vida consagrada en Chile; nos sentimos orgullosos de nuestras familias religiosas.

Damos gracias y alabamos al Padre, por las Congregaciones que han nacido en nuestro pueblo para acompañar a nuestros hermanos mapuche. Nos alegra la vida religiosa con rostro mapuche.

Damos gracias por quienes han llegado desde lejos como misioneros y misioneras, para realizar la misión de formar en la fe en Chile y han hecho de este país su hogar. Quienes han llegado de fuera agradecen a Dios el regalo de una vida misionera en nuestro país.

Experimentamos alegría por una Iglesia en conversión. En efecto, somos una Iglesia golpeada por los abusos de menores por parte del clero entre los cuales hay hermanos nuestros. Han sido tiempos muy duros de los cuales comenzamos a levantarnos, lentamente. Nos ha dolido profundamente nuestra incoherencia. Queremos reconocer nuestros errores, aprender de ellos, con la esperanza de que saldremos renovados de esta crisis tan profunda.

Nos alegra una Iglesia que comienza a darle mayor protagonismo a la mujer. Una Iglesia que se hace más lúcida de la desproporción entre participación de la mujer y protagonismo, especialmente en las instancias de decisión.

Nos alegramos porque ya hay signos de que somos una Iglesia en salida. Sentimos alegría de este llamado que Ud. nos ha hecho, a pesar de las piedras que encontramos en el camino. Compartimos el gozo de ser representados por comunidades de inserción, que están entre los jóvenes más necesitados. “El estar entre ellos, nos llena de alegría porque, no sólo se produce la transformación de sus vidas, sino también las nuestras se convierten. Somos felices mostrando a los niños y jóvenes el rostro amoroso de Dios, siendo signos y expresión de su amor.”

Damos gracias por la inserción de la vida religiosa femenina en la periferia; el gozo de ser testigos del valor de la mujer religiosa en las poblaciones, entregando contención, escucha, esperanza, mostrando el corazón misericordioso de Dios. Nos alegramos cuando los pobladores y pobladoras con los que vivimos y trabajamos logran salir adelante rompiendo el círculo de la pobreza; cuando avizoran un futuro más hermoso para ellos y sus hijos.

Nos alegra una Iglesia todavía dinámica, que no se queda dormida y que busca desentrañar los signos de los tiempos en la historia, intentando ser fieles al llamado a ser un signo profético en nuestro mundo. Sabemos que de esa capacidad de estar sintonizados, a la vez, con el corazón de Dios y con el corazón de nuestro tiempo, depende la posibilidad de ser significativos para el mundo.

Nos alegra tanta humanidad que se expresa cada vez que ocurre un desastre en nuestra patria: terremotos, tsunamis, aluviones, incendios. Hemos visto cómo la gente es solidaria y fuerte para salir adelante. Nos alegran las iniciativas misioneras intercongregacionales que han sido capaces de acompañar, aunque sea un poco, tanto dolor y tanta desesperanza.

Nos alegra ver cómo la Iglesia se va abriendo a la realidad de la migración. Los migrantes han golpeado a nuestra puerta y la hemos abierto: hospedándolos en nuestras comunidades, acogiéndolos en las parroquias, en comedores populares, en escuelas de español, en talleres de capacitación; acompañando a los que llegan a hacer sus trámites, ayudándoles como intérpretes. Nos alegramos con cada paso que dan en esta tierra extranjera: cuando sacan sus papeles, cuando encuentran trabajo, cuando firman en primer contrato de trabajo, cuando encuentran un lugar digno para vivir, cuando los niños pueden ir a la escuela, cuando son atendidos gratuitamente en los hospitales; en fin, cuando deciden quedarse porque han encontrado en Chile su nuevo hogar y pueden decir: “tanto dolor valió la pena”.

Nos alegra, también, la valentía de hermanos y hermanas que trabajan en poblaciones marcadas por la violencia asociada al narcotráfico. Esa violencia sin sentido que destruye tantas vidas, especialmente la de los jóvenes. Nos alegramos porque, cuando han sido amenazados, incluso de muerte, han optado por quedarse junto a la gente.

Nos alegra el testimonio de los jóvenes, pues siguen buscando a Dios en medio de una sociedad tan secularizada. Continúan buscando espacios para una experiencia comunitaria, para la oración, para el crecimiento espiritual. Son jóvenes que todavía se disponen a recibir con alegría los sacramentos. Nos alegra ver que su fe busca siempre la consecuencia en el servicio solidario a los que más necesitan. Son miles los jóvenes que se comprometen cada año en misiones, trabajos de invierno y verano y que son capaces de donar su tiempo de modo muy generoso. Son muchos, también, los que quedan tan marcados por estas experiencias solidarias que son capaces de cambiar la carrera que querían estudiar. Así, las experiencias solidarias, dan paso a vidas configuradas desde la solidaridad. Estos jóvenes no tienen miedo de dar testimonio del evangelio en el mundo, aunque eso les signifique ir a contracorriente, no estar en onda con la moda. Son jóvenes capaces de soñar en grande y de luchar para que el proyecto de un mundo más justo y humano se haga realidad.

Damos gracias, también por los laicos que comparten con nosotros la vida y la misión. Son laicos que no solo participan en la Iglesia, sino que han ido asumiendo roles de protagonismo. Son personas que aman la Iglesia, a pesar de todo y se comprometen con ella de manera radical. A pesar de los escándalos, han seguido a nuestro lado y nos han dado un hermoso testimonio de fidelidad a Dios.

Agradecemos, especialmente, por las miles de catequistas que inician a jóvenes y niños en el camino de la fe. Son muchos los que, dejando su zona de confort, asumen su rol de discípulos misioneros y salen al encuentro de los enfermos, los pobres, las familias en conflicto. Agradecemos por su fe más madura y consciente que es capaz de dar al mundo razón de sí misma.

En las pequeñas comunidades cristianas el Evangelio se va haciendo vida y, así la vida se va humanizando. Nos alegra ver a tantos laicos trabajando como hormigas en el pequeño espacio de su trabajo, de su familia, siendo allí agentes de transformación y esperanza. Nos conmueve su testimonio, muchas veces silencioso del Evangelio. Ellos también nos inspiran, nos enseñan, nos animan, nos levantan. Su cariño y cercanía ha sido fundamental en tiempos de crisis. Con ellos aprendemos a trabajar en equipo, a tomar conciencia de lo importante que es el aporte de cada uno, a valorizar la diversidad de carismas en la Iglesia.

Nos alegra ver que todavía existen familias en las que se vive, se cuida y se transmite la fe. Damos gracias a Dios por nuestras propias familias de las cuales recibimos esa semilla.

Todos estos son nuestros gozos, los que le ofrecemos como signo de una Vida Religiosa que está viva, y que se empeña en ofrecer sus energías al servicio de la humanidad, al servicio de nuestros hermanos en esta tierra chilena.

LAS TRISTEZAS Y ANGUSTIAS

Pero, así como tenemos tanto para alegrarnos y dar gracias, también hay muchas situaciones que nos entristecen. Nuestra vida de consagrados nos permite estar cerca del dolor de la gente, y ese dolor nos conmueve y, a veces, nos deja perplejos, en silencio, sin respuestas.

Nos entristece nuestra vida religiosa sin pasión, nuestras propias infidelidades, nuestra tibieza en el seguimiento de Cristo. Reconocemos que, a veces, hemos perdido nuestra fuerza mística y hemos puesto nuestra seguridad en aquello que no nos da vida: la búsqueda de prestigio social, las situaciones de confort. Nos hemos acomodado y nos cuesta desapegarnos de ese acomodo para recomenzar desde Jesucristo con libertad. A menudo sucede que esa comodidad nos distancia de los pobres. Nos cierra los oídos a sus gritos y susurros. O los atendemos a distancia o no somos capaces de reaccionar al ritmo de sus urgencias.

Nos duele en el corazón la salida de cada hermano y hermana de nuestras comunidades. Son pérdidas que nos cuestionan. ¡Y hemos tenido tantas últimamente! Nos duele también la falta de vocaciones. Eso nos lleva a preguntarnos una y otra vez: ¿por qué no logramos entusiasmar a las y los jóvenes?

Más grave todavía es que a veces hasta parece que perdemos la fe. Que no nos confiamos plenamente al Dios providente, que no hacemos una experiencia real de su presencia viva entre nosotros. La secularización que vemos en el mundo es, a veces, nuestra propia secularización. Sin fe perdemos el rumbo y comenzamos a movernos con criterios mundanos

Más a menudo de lo que quisiéramos, nuestras comunidades no logran vivir una fraternidad real. Compartimos el mismo techo, pero cada uno vive centrado en lo suyo, como islas. No es extraño que la convivencia intergeneracional se haga extremadamente difícil. Nos cuesta abrirnos a la diversidad generacional, cultural que se vive en nuestras comunidades.

Nos entristece la crueldad del sistema económico y político. Nos duele ver cómo en el país pareciera que lo que manda es el dinero y los negocios. Las cosas son buenas si son rentables; y no nos referimos solo a objetos, sino a la educación, la salud, las pensiones, hasta el valor de las personas. Esto lleva a que sean muy pocas personas que tienen un extremo poder en las cosas del país. Así va quedando demostrado en tantos juicios que han ido develando la conexión entre dinero y política. En efecto, políticos de todos los espectros legislando y votando en favor de los poderosos, los empresarios, los millonarios.

Se ha ido instalando en nuestra sociedad el abuso de poder que se manifiesta de múltiples formas. Hemos tenido muchas situaciones de empresas que, por tener mayor rendimiento, han caído en la corrupción, la colusión, el monopolio; sin importarles el perjuicio que estaban causando en tanta gente. Percibimos en ello una mirada individualista que pone en primer lugar el beneficio propio, la mayor ganancia posible. Y cuando eso ocurre varias veces, se comienza a instalar un malestar profundo, indignación, una sensación de impotencia que, a veces se manifiesta en violencia.

En la política, la búsqueda del bien común no es lo primero. Lo primero es el propio beneficio (individual o de mi coalición). Vemos a los que ejercen la política, muy distantes de los problemas de la gente. Se acercan a ellos a veces - habitualmente cuando están en campaña electoral- y, cuando lo hacen se aproximan con espíritu asistencialista, meramente instrumental.

Nuestra sociedad es desigual. Unos tienen mucho, otros poco o nada, unos importan mucho, otros son casi invisibles, unos tienen voz, otros son silenciados. Es una desigualdad que va llevando a la invisibilización, marginación de los más pobres y vulnerables. Es una desigualdad que se manifiesta en lo económico, lo social y lo cultural. Nos hemos preocupado siempre del sueldo mínimo, pero no hemos sido claros en expresar la necesidad de limitar los sueldos máximos.

Nos duele la pérdida del sentido de Dios. Nuestra sociedad va perdiendo el sentido de trascendencia: trascendencia hacia el otro, trascendencia hacia Dios. Para muchos Dios no es relevante, es un tema que les causa indiferencia. Da la impresión que el sentido no se busca en lo trascendente sino en el consumo, en el placer que provoca el acceso a más y más bienes. Se cree en la promesa de plenitud

y felicidad que nos han prometido los vendedores de esos objetos. La tecnología fascina, obnubila, encanta. Pero también obsesiona, esclaviza, frustra. Porque al poco andar el objeto tecnológico ya no nos satisface y esperamos ansiosos el nuevo objeto prometido por el marketing.

A menudo, esta pérdida de Dios tiene como correlato la pérdida del rostro del hermano. No vemos en él a alguien sagrado. Su rostro, especialmente el pobre, no es el rostro de Cristo. El otro se hace relativo, prescindible, desechable.

Más grave aún, es que se renuncie a buscar un sentido. Se le niega a la vida un sentido global que trascienda a las personas, las generaciones. Que vaya más allá del presente. Nos hemos vuelto una sociedad pragmática y utilitarista. Todo esto nos hace perder hondura, profundidad. Fragiliza nuestros vínculos. Nos deshumaniza.

Nos conmueve la orfandad y soledad de niños, jóvenes y ancianos. Nos entristece la situación de los **niños** que conocen el abandono y la pobreza desde pequeños: abandonados por sus padres, abandonados por el Estado. Como sociedad no hemos sabido respetar sus derechos. En este tiempo nos hemos escandalizado con las malas condiciones en que viven -¡sobreviven!- los niños del SENAME (Servicio Nacional de Menores). La situación de pobreza en la niñez va a ser fundamental para crear condiciones deficientes para su proceso educativo. La pobreza le dificultará acceder a una educación de calidad. La pobreza de la niñez lo marcará para siempre.

Los **ancianos** también sufren la orfandad y el abandono. Algunos son dejados en asilos, otros viven junto a sus familias pero no se sienten respetados, amados, cuidados. No son pocos los que viven sus enfermedades sin los cuidados médicos adecuados. Pareciera que la mirada de nuestra sociedad, que tiene a la productividad como criterio esencial de valoración, nos ha marcado a tal punto, que los hemos llegado a considerar descartables. Nuestro sistema previsional de AFPs (Administradoras de Fondos de Pensiones) ha condenado a muchos de nuestros ancianos a vivir en la pobreza, por las pensiones miserables que reciben.

También nuestros **jóvenes** se sienten a veces solos. Esta experiencia se da también en los jóvenes que tienen una familia, pero, por los ritmos actuales de trabajo, pasan mucho tiempo solos. A veces pueden estar todos en casa, pero cada uno en su espacio propio, indiferentes al que está en el espacio contiguo. Parecen una juventud sin esperanza, sin sueños, sin un sentido de vida ni proyecciones a futuro que los movilicen y ayuden a salir adelante. La sociedad no logra darles una seguridad que sostenga sus sueños. La vida va perdiendo el sentido. O mejor, el goce de la vida se convierte en sentido. Y ese goce se busca muchas veces en el alcohol y la droga. Nos preocupa la dificultad de nuestros jóvenes para enfrentar las contrariedades, para resolver los conflictos, para asumir los fracasos. Percibimos la dificultad de resiliencia como una característica generacional de nuestros jóvenes.

Querido Papa Francisco, nos asusta la fuerza con que la droga se apodera de nuestros jóvenes. Prometiéndoles placer termina haciéndolos esclavos o matándolos. Son tantos jóvenes atrapados en los carteles de droga y acostumbrados al robo, las balaceras, los asesinatos. Son demasiados los jóvenes

que se nos mueren por el consumo de droga y el narcotráfico. A veces siguen vivos, pero es como si hubieran muerto. Nos asusta la manera como esta realidad crece y se fortalece, haciendo que todas las políticas de contención parezcan inútiles. Hasta ahora, la batalla contra la droga ha sido una batalla perdida. Las instituciones para recuperar a los jóvenes adictos son escasas. Creemos que, como Iglesia, no hemos sabido dar una respuesta contundente a este flagelo.

Nos duele la vulnerabilidad de los migrantes. Nuestro país está recibiendo muchísimo más migrantes de lo que estaba acostumbrado. Actualmente son muchos los que llegan desde Colombia, Venezuela y, especialmente, Haití. Esto nos está desafiando fuertemente como sociedad.

Hemos percibido que somos una sociedad racista, que mira con recelo al que viene de afuera, especialmente si es pobre, más todavía si es negro. Los vemos como una amenaza, pues “vienen a quitarnos el trabajo”. Eso ha significado para los migrantes discriminación, exclusión, frustración del anhelo de una vida mejor en Chile. Algunos se aprovechan de su vulnerabilidad (dificultad para hablar el idioma local, falta de papeles) para explotarlos, llegando a trabajos semejantes al trabajo esclavo. También ellos hacen una experiencia de orfandad, pues han dejado en sus países a sus familias, perdiendo todos sus lazos vinculares. Esto los deja en una situación de desprotección y vulnerabilidad afectiva. Son muchos los migrantes que viven en extrema pobreza, hacinados en espacios reducidos por los cuales deben pagar mucho dinero.

Nos entristece el lugar desigual de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. Pareciera que nuestro país ha avanzado mucho en dar a la mujer el lugar que le corresponde en la sociedad, reconociendo su aporte y protagonismo. Sin embargo, hay muchos signos de que todavía estamos al debe en este desafío. En efecto son muchos los femicidios que ocurren anualmente en el país. Esto produce una profunda indignación en la sociedad toda, pero especialmente en las mujeres que se sienten vulneradas, en peligro constante. Asimismo, las brechas salariales son todavía significativas entre hombres y mujeres. Ellas se han encargado de poner de manifiesto cuán machistas somos como sociedad, de cuántas maneras sutiles las ponemos en un segundo lugar.

El malestar que se experimenta en la sociedad se manifiesta también en la Iglesia en la que, muchas veces, las mujeres se sienten discriminadas. Siendo ellas la mayoría de quienes participan en la Iglesia, su protagonismo es muy bajo, sobre todo, en las instancias de decisión. Las religiosas se sienten miradas en menos por los sacerdotes. Pareciera que se las considera para trabajos más simples y no para lo importante. Estamos lejos todavía de vivir la misma apertura que se está viviendo en la sociedad civil. Vivimos todavía un clericalismo y machismo que hace mucho daño.

Nos duele y entristece la situación del pueblo Mapuche. Percibimos que no han sido suficientemente escuchados. A menudo prima en el modo de asumir el conflicto, una visión criminalizadora, que no es capaz de ir a los temas de fondo, de poner el problema en perspectiva histórica. Cuesta reconocer que se trata de un problema político que requiere soluciones políticas. Y que, toda solución pasa por sentarse a conversar y, sobre todo, escucharlos.

A veces pareciera que la voz de los que tienen el poder económico prevalece e influye en las políticas de Estado, dificultando la búsqueda de una salida más definitiva. Nos preocupa la militarización de la Araucanía y la extrema violencia con que la policía está reprimiendo al pueblo mapuche.

La indignación y la rabia son crecientes en la Araucanía y vemos con extrema preocupación que eso esté creando las bases para organizaciones armadas en la zona.

Nos entristece, también que la Iglesia haya perdido la condición de interlocutor válido en el conflicto. A veces pareciera que la Iglesia se pone más del lado de los intereses del empresariado de la zona que de los mapuches. De hecho, en el último tiempo, la Iglesia ha sido vista como enemiga del pueblo mapuche. Prueba de ello son las capillas incendiadas.

La pastoral mapuche que antes significaba un puente entre la Iglesia y el pueblo mapuche ha sido desmantelada o ha sido reducida a la mínima expresión. Esta pastoral no tiene un apoyo decidido de los obispos de la zona.

Nos duele una familia en crisis. Vemos con preocupación la vulnerabilidad de muchas familias que las fragiliza y las limita en su rol de crear un contexto afectivo, social y religioso seguro.

Creemos que no hemos sabido acompañar pastoralmente a la familia como un todo: las parejas que entran en crisis, los hombres, siempre más reacios a lo religioso, la mujer en su búsqueda de realización, etc. A menudo los hemos sobre exigido con el imperativo de lo ideal, sin acoger suficientemente la realidad de lo que son e intentan vivir.

Nos entristece la aprobación de la ley de despenalización del Aborto. Vemos con preocupación la reciente aprobación de la ley de despenalización del aborto en tres causales. Nos cuesta entender esta perspectiva que relativiza la vida del nuevo ser que ha sido concebido.

Como consagradas y consagrados nos toca acompañar el dolor de las mujeres que han abortado y tomar conciencia que es un dolor que las acompaña toda la vida. Nos preocupa que en el trasfondo esté una visión demasiado utilitarista de la vida que hace posible descartar a algunos.

Nos duele la realidad de la Iglesia en Chile que ha perdido credibilidad (36%, la más baja de América Latina según el “Latinobarómetro” 2017). Se percibe a la Iglesia lejana de los problemas reales de la gente. Una Iglesia que dice lo que hay que hacer como poseedora de la verdad. Una Iglesia a la cual le cuesta escuchar. Una Iglesia que se ha dedicado más a moralizar que a evangelizar.

Consideramos que los abusos a menores cometidos por sacerdotes ha sido un hecho devastador para la Iglesia chilena. Eso, agravado por el silencio cómplice que los encubrió durante años. Es una realidad que nos ha cuestionado profundamente. Y creemos que todavía no podemos salir de esa crisis. Sin duda

que una crisis tan profunda puede ser una oportunidad de conversión, pero, para ello hay que ir hasta el fondo, asumiendo toda la verdad y todo el dolor que eso significa. A veces pareciera que solo esperamos que el ventarrón pase pronto para seguir haciendo las cosas como siempre.

Especialmente relevante fueron los abusos perpetrados por el P. Fernando Karadima. Su influencia en la Iglesia y en la élite social de Chile era extremadamente fuerte, generando estilos que dejaron huellas profundas.

La jerarquía de la Iglesia chilena ha sido cuestionada en su modo de actuar en este caso. Queda la impresión de que la jerarquía no ha sido clara en ponerse del lado de las víctimas, a las cuales les creyó en un inicio, pero después volvió a desconfiar de ellos.

Nos duele la situación de la diócesis de Osorno, actualmente paralizada y dividida. Creemos que no se le ha dado a esta situación la relevancia que merece. Pareciera que han sido entregados a su suerte hasta que el problema se solucione solo. Se percibe que nadie está gestionando una salida de este conflicto. Osorno es una herida abierta para toda la Iglesia chilena.

Nos duelen algunas actitudes de la Jerarquía de la Iglesia. Desde nuestra experiencia como religiosos, vemos que en estos años se ha ido generando una creciente distancia entre jerarquía y Pueblo de Dios. Y más distancia todavía entre Jerarquía y sociedad civil. En general, percibimos una jerarquía poco humilde, distante, donde a veces es más la fiscalización que la tarea de pastores. Se les percibe lejanos de la Iglesia de base, con poco espíritu de escucha.

Quisiéramos una jerarquía más alineada con las líneas transformadoras de su pontificado. Pero, por momentos parece una jerarquía paralizada, lenta en reaccionar, conflictuada al interior. Percibimos una jerarquía más a la defensiva que profética.

LAS ESPERANZAS

Nuestra mayor esperanza es Dios mismo, pues Él nos ama y nos amará siempre. Por eso sabemos que no nos abandonará, pase lo que pase. Él no se desistirá de nosotros porque es paciente y cree que nuestra conversión es posible. Él es el Dios paciente que nos vuelve a seducir llevándonos al desierto y hablándonos al corazón.

Creemos en la fuerza transformadora de su amor. De ese amor que actúa en nosotros por el Espíritu Santo. De ese amor sin medida manifestado en su Hijo Jesucristo. Su amor es más grande que nuestras incoherencias y errores. Su amor trasciende nuestros desánimos por los pocos frutos que parece tener nuestra siembra.

Él puede transformar nuestros corazones, el corazón de la Iglesia, el corazón del mundo. La fuerza de su Espíritu nos hará volver de nuevo nuestros corazones a Dios y hará posible mirar con sus ojos, sentir con su corazón. La luz del Espíritu nos ayudará para ver en la oscuridad de nuestro tiempo, para darnos cuenta de que hay luz allí donde todo parece tiniebla. Cerca de Él todo tiene sentido,

aferrados de Él no desesperamos, a su lado encontramos la paz. Ante todo, hemos sido llamados para estar con Jesús. En estos tiempos difíciles queremos entrar en su corazón traspasado para aprender a donarnos como Él, para que nuestra vida religiosa vuelva a resplandecer como signo del Reino para el mundo.

Tenemos la esperanza de que otros jóvenes se sentirán seducidos para asumir la vida consagrada, para conocer esa extraña felicidad de aquellos que se consagran en pobreza, castidad y obediencia.

Sabemos que María nos acompaña silenciosa, fiel, fuerte, invitándonos siempre a hacer lo que Él nos diga.

Tenemos la esperanza de una vida religiosa y una Iglesia renovadas, que, por la fuerza del Espíritu recomenzaremos a partir de Jesucristo, como se nos invitó en Aparecida. Esperamos remar mar adentro para redescubrir la mística del Evangelio, conscientes de que sólo desde ahí es posible la profecía, la entrega generosa a los pobres, la fraternidad real. Buscamos -como escribió uno de nuestros hermanos- esa “vida religiosa profética y contemplativa que se aleja de la mundanidad (y sobre todo la mundanidad espiritual), que quiere ser servidora de los más pobres, de los débiles, de los más pequeños; que quiere ser una realidad que nace, brota y crece desde abajo y de lo más profundo de la inferioridad y la autenticidad”. Tenemos la esperanza de que la revitalización mística nos hará más libres, capaces de desapegarnos de nuestras situaciones de privilegio, de las grandes obras que hacen pesado nuestro andar. Una Iglesia habitada por Dios será creíble, será portadora de una buena noticia para el mundo.

Tenemos la esperanza de que la disminución del número de los que somos no será causa de depresión, sino oportunidad para vivir una fraternidad sencilla y auténtica. Que aprendamos así a desapegarnos de las situaciones de privilegio de antaño, para ser hoy día el pequeño rebaño que experimenta la fuerza de Dios en la fragilidad. Nuestra esperanza se renueva con “el surgir humilde de una Iglesia pobre en personas y medios, testigo del evangelio, levadura que inyecta en la sociedad gérmenes de justicia y solidaridad que la van haciendo más justa, más fraterna, más solidaria incluyendo la madre naturaleza”.

Renovamos nuestra esperanza en la Iglesia de la misericordia y la ternura que se interesa por todos, que acoge a todos, que incluye a todos. Que no deja a nadie fuera a priori. Una Iglesia que, como el Buen Pastor, sale a buscar a los más alejados.

Esa vida religiosa que esperamos sabrá recorrer caminos nuevos, descubrirá nuevas estructuras para responder mejor al llamado de Dios. Tendrá mayor conciencia de que nos necesitamos unos a otros y, por tanto, confiará decididamente en el trabajo intercongregacional.

Tenemos la esperanza de que saldremos de la crisis de los abusos del clero a menores. Saldremos heridos, pero renovados: más humildes, más confiados en la misericordia de Dios. Miraremos el daño hecho y seremos atravesados por el dolor y la vergüenza. Y desde esa oscuridad seremos levantados de nuevo por la misericordia de Dios. Buscaremos las maneras para reconstruir las confianzas, para cuidar de verdad a los niños y jóvenes que se nos han encomendado.

Tenemos la esperanza de ser una Iglesia que se reconecta con la vida de la gente, que vuelve a dialogar con el mundo de hoy y que sea capaz de decir una palabra sobre aquello que le interesa a la gente, sobre aquello que les quita el sueño. Echar abajo las cuatro paredes para dejar que entre la brisa del Espíritu y los aires de nuestro tiempo.

Tenemos la esperanza de que buscaremos la manera de hacer de nuestras liturgias verdaderas fiestas de la comunidad: alegres, cercanas, participativas, sencillas. Una liturgia que resuene en el corazón de las personas.

Tenemos la esperanza de una vida religiosa y una Iglesia que dé testimonio al mundo de la alegría del Evangelio.

Nuestra esperanza son pastores cercanos, sencillos, místicos. Pastores que sepan caminar con su pueblo, que no se crean más que los demás. Que no se crean poseedores de la verdad. Que no sean los que tienen siempre la última palabra. Tenemos la esperanza de más pastores con olor a oveja, que confían y potencian las capacidades de la gente. Que no tengan miedo de ir a los lugares peligrosos, difíciles, incómodos.

Soñamos, como escribe uno de los hermanos, con “una Conferencia Episcopal más valiente, que no le tenga miedo al mundo. Que sean verdaderos acompañantes de la Iglesia de base. Cercanos a los más pobres, creativos para buscar caminos nuevos. Quisiera obispos más sencillos, asequibles, con capacidad de escucha, que se atrevan a mirar sin miedo el futuro, con una mirada fundamentalmente positiva del mundo”.

Nos atrevemos a esperar transformaciones importantes en la Iglesia: mecanismos de elección de obispos en que las comunidades puedan participar, ser escuchadas; la posibilidad de ordenar sacerdotes a los diáconos permanentes; la posibilidad de ordenar sacerdotes a mujeres. Un buen paso sería el diaconado femenino. Soñamos con un laicado verdaderamente protagonista que participa activamente en las instancias de decisión.

Tenemos la esperanza de que podamos trabajar de manera más colegiada con la jerarquía de la Iglesia, formando equipos, asumiendo juntos más responsabilidades, dialogando más.

Esperamos un mayor protagonismo de la mujer en la Iglesia. Para ello necesitamos una jerarquía que valore a la mujer consagrada. Una de nuestras hermanas expresa: “Espero que algún día la mujer pueda participar de modo más decidido en la toma de decisiones en la Iglesia”. Una mujer más empoderada será, sin duda, un aporte para la Iglesia y el país.

Tenemos la esperanza de un cambio cultural que nos lleve a una sociedad sin machismo, sin violencia contra la mujer. Hacemos nuestro el sueño, el clamor, la urgencia del “Ni una menos”.

Tenemos la esperanza de un Chile más justo. Un país que sepa valorar a todos y dé oportunidades a todos. Que superemos la desigualdad estructural que hoy nos marca como sociedad. Soñamos con un Chile más equitativo, justo y fraterno, que se preocupe de modo especial de los excluidos, los pobres. Tenemos la esperanza de un Chile sin pobres. Soñamos con un país que dé oportunidades reales a los jóvenes, para que no tengan que ir a buscar el sustento en las redes de narcotráfico. Un país en donde nadie pase hambre, ni viva en la calle, ni quede abandonado.

Esperamos un país más integrado, que supere el racismo y acoja decididamente a los migrantes; que sepa reconocer y acoger a las minorías que se sienten excluidas. Que sepa derribar los muros que hoy nos separan por nivel social. Creemos que de esa integración depende un futuro en paz.

Creemos en una solidaridad que se integra como un rasgo identitario del ser chileno. Una solidaridad que aparezca no solo en las catástrofes, sino todos los días. Una solidaridad que, incluso se integra como parte estructural de un país a la hora de pensar la educación, la salud, el sistema previsional.

Tenemos la esperanza de que la reconciliación es posible, aunque las heridas sean profundas. Un país de hermanos, a pesar de todo lo que hemos vivido. Pero sabemos que eso se logra enfrentando las diferencias, mirando cara a cara las heridas, sabiendo que nadie sobra, que necesitamos de todos para construir el país que queremos.

Creemos que la vida religiosa sabrá trabajar en la construcción de un Chile más justo junto a otras organizaciones (dentro y fuera de la Iglesia), potenciando la eficacia de nuestro esfuerzo.

Tenemos la esperanza de que los hermanos mapuches serán escuchados, que lograremos sensibilizarnos con sus dolores y esperanzas, y que podremos hacer las transformaciones necesarias para que ellos se sientan parte: dignos, protagonistas, hermanos. Creemos y anhelamos la paz que brota de la justicia.

Esperamos un país con mayor consciencia ecológica que mire con responsabilidad lo que hacemos hoy de cara al país que dejaremos a las próximas generaciones. Nos comprometemos en el desafío del cuidado de la casa común.

Tenemos la esperanza de que el **Sínodo de los Jóvenes** al que Ud. ha convocado sea una oportunidad para escuchar sus dolores, rabias, indignaciones, sueños y esperanzas. Y que esa escucha dé frutos de sensibilización, de transformaciones estructurales si es que son necesarias, de mayor disponibilidad para acompañarlos en el camino de la vida.

Renovamos nuestra esperanza en la educación como lugar de transformación, contribuyendo desde ahí a formar una sociedad con valores fundados en el Evangelio, una sociedad en la que nadie sienta que vale más que el otro.

Hacemos nuestro lo que señala una de nuestras hermanas: “Siento esperanza en quienes se comprometen fuertemente con su vocación de docentes y nos ayudan a soñar cosas grandes, trabajando generosamente por quienes Dios nos confía”.

Somos conscientes de que en la escuela se empieza a gestar el país nuevo que soñamos.

Querido Papa Francisco, estas son nuestras alegrías, tristezas y esperanzas. Nos hemos atrevido a compartirlas con Ud. por la confianza que nos ha dado, por la sencillez que ha mostrado de ser un pastor que se pone a la escucha del pueblo de Dios.

Renovamos nuestro compromiso de rezar por Ud. para que Dios lo acompañe y le dé sabiduría para conducir a la Iglesia según Su querer.

Le saludan con profundo afecto en el Señor,
Religiosos y Religiosas de la Conferencia de Religiosos de Chile¹.


Héctor Campos, OFM. Cap.
Presidente de Conferre


Hna. Adela Reyes, b.p.
1ra. Vicepresidenta


P. Cristián del Campo. sj.
2do. Vicepresidente

¹ Esta síntesis fue elaborada a partir de las 132 “cartas” recibidas. Aproximadamente 80 de ellas corresponden a las que escribieron los superiores y superiores mayores de la CONFERRER en la Asamblea extraordinaria del 15 de noviembre pasado.